

Verónica, en la pared que está en frente cuando se mira el altar; el asiento del cardenal se apoya en algunos escalones, y en la separación formada por las tapicerías que rodean el trono se reúne la comitiva que acompaña al penitente designado. Esta gran absolución que se concede únicamente cada año á un sólo culpable, es un resto de los antiguos usos de la confesión pública que se celebraba en la Edad Media; confesión, que hecha al principio en alta voz, y verificada posteriormente en secreto, no está representada en Roma, según creo, sino en el ceremonial de este único día santo. El culpable designado entra procesionalmente en San Pedro, acompañado de algunos frailes, de su familia y amigos; y arrodillado delante del cardenal que ocupa su trono, se confiesa en voz baja; el cardenal le da la absolución, cuya facultad le ha sido espresamente delegada por el papa, y lo abraza públicamente. El absuelto sale entonces de San Pedro con la misma procesion que le acompañó al ir; y el cardenal gran Penitenciario, tomando de nuevo la varita, vuelve á desempeñar las ordinarias funciones del Penitenciario en las basílicas mayores.

Las ceremonias se suceden rápidamente; apenas ha terminado su tarea el gran Penitenciario, llega la procesion de los peregrinos.

La Basílica ha preparado, como todas las demás iglesias, el monumento tradicional, que se levanta en el subterráneo primitivo en el sitio donde está la tumba de San Pedro. El monumento se halla magníficamente iluminado, pero el espacio es estrecho, y el público penetra con trabajo en el lugar reservado. La procesion se forma en Trinidad de los Peregrinos los que lucen el traje tradicional, esto es, sombrero de anchas alas y pequeña copa, bordon y esclavina con conchas. Cada uno de ellos va acompañado de una ilustre dama romana que patrocina la obra de la Trinidad. La procesion atraviesa el Tiber, pasa por la larga calle del Transtevere y vá á salir á la plaza de San Pedro, donde la espera crecido número de curiosos. Despues que los peregrinos han hecho sus devociones, emprenden de nuevo en el mismo orden que á su entrada, el camino del convento de la Trinidad, donde son hospedados durante la Semana Santa, alimentados y servidos la mayor parte de las veces por las damas que ejercen el patronato.

8.º Despues de la adoracion de los peregrinos se practica una ceremonia muy notable. Antiguamente, en todo el mundo católico se lavaba despues de la misa de la mañana el altar de las iglesias, para cuya operacion se hacia uso del agua y vino; el resto del líquido derramado sobre el altar se ponía á un lado y servía para el lavatorio de los pies de los apóstoles. En Roma, esta ceremonia se verifica de noche; la oscuridad empieza á invadir la gran basíli-

ca, y el cuadro formado por los canónigos de San Pedro que limpian la mesa del altar, alumbrados por algunas antorchas, es de sorprendente efecto. Hé aquí, por lo demás, cómo se verifica este lavatorio: en una mesita colocada cerca del altar se ponen siete copas de cristal, un vaso de oro lleno de vino, una jofaina con siete esponjas y algunos útiles llamados *aspersorios*, los cuales son una especie de cepillos de madera labrada, cuyo mango está adornado de esculturas. Todo el cabildo de San Pedro se acerca al altar mayor, y siete canónigos de los mas antiguos se colocan al pie de la escalera; mientras canta el coro, seis de ellos suben al altar, vierten un poco de vino sobre la mesa, pasan tres á la derecha, tres á la izquierda, y cepillan el altar derramando el vino con sus *aspersorios*; bajan de nuevo, y otros seis canónigos los reemplazan para repetir el mismo ceremonial. Todos los canónigos turnan así de seis en seis; entonces, los siete que primero se presentaron vuelven al altar, y tomando las siete esponjas empapan en ellas el vino derramado. El cabildo se retira luego en el mismo orden en que ha venido; ignoro si el vino procedente de la mesa del altar se destina en San Pedro á algun uso especial.

9.º Poco despues se practica la ceremonia mas imponente de la tarde; la ostension de las grandes reliquias, que se verifica el miércoles, jueves y viernes santos despues de la ejecucion del *Miserere*.

Son las siete y media de la noche. En otro tiempo, una araña de bronce dorado y en forma de cruz de colosales dimensiones, pendía de la cúpula de San Pedro; la iluminacion era magnífica, pero los concurrentes convertían esta ceremonia en motivo de pasatiempo, y como de ello resultaban algunos inconvenientes, desde hace muchos años ha desaparecido la costumbre de encender la araña de que se trata.

Las grandes reliquias son la Lanza, la santa Faz y la verdadera cruz; están encerradas en la capilla de santa Verónica, situada en lo alto del pilar Sud-oeste de la cúpula, debajo del arco de la pechina. Delante de la capilla hay, lo mismo que en los otros ángulos de la cúpula, un balcon saliente desde el cual los canónigos de San Pedro, únicos que tienen el derecho de entrar en la capilla de Santa Verónica, muestran las mencionadas reliquias. Al mismo tiempo los canónigos esponen á la veneracion de los fieles algunas otras importantes reliquias; pero hablaré únicamente de las tres principales, y hé aquí algunos concisos datos acerca de ellas.

La *Lanza* es la de San Longinos, el soldado que atravesó el costado de Jesucristo, clavado ya en la cruz. Refiérese que en la época de la Pasion, Longinos, que estaba ciego, se hizo ayudar para herir á Jesus; otros dicen que se volvió ciego súbitamente en castigo de su enormidad. Como quiera que sea,

Longinos recibió sobre sus dedos algunas gotas de la sangre de Jesucristo que habia corrido á lo largo de su lanza, y habiéndose frotado los ojos con ella, recobró la vista. Este milagro determinó su conversion, y se hizo ermitaño en las montañas de la Capadocia. La lanza permaneció en Jerusalem, pero fue hallada por la emperatriz Elena, madre de Constantino, cuando á la edad de cerca de ochenta años fué á dicha ciudad á buscar los objetos de la Pasion, y el sepulcro de Jesucristo.

La *verdadera cruz*, según una leyenda muy antigua, fue hecha con la madera del árbol del Bien y del Mal, que arrancado y trasportado por las aguas del Diluvio se arraigó en el Gólgota en virtud de misteriosos designios. Enterrada con Jesucristo al lado de las de los dos ladrones, permaneció ignorada durante mucho tiempo. Cuando santa Elena fué á Jerusalem se encontró el sitio en que la cruz habia sido enterrada, pero se encontraron tambien las otras dos, siendo terrible la duda que se suscitó para elegir entre las tres. Un milagro puso de manifiesto la verdadera cruz, pues un hombre que habia muerto el día anterior resucitó á su contacto. Santa Elena hizo dos partes de la cruz, y dejando una á San Macario, patriarca de Jerusalem, llevó la otra á Constantinopla.

Algunas partículas del trozo que habia quedado en Jerusalem fueron distribuidas entre los fieles, pero este trozo cayó luego en poder de los bárbaros. Heraclio lo hizo restituir y volvió á colocarlo por sí mismo en su santuario, llevando la cruz descalzo; acto de humildad que dió lugar al establecimiento de la fiesta de la Exaltacion de la Cruz. Para no ocuparme mas de esta porcion que quedó en Jerusalem, añadiré que los Cruzados la hallaron al tomar esta ciudad, repartida entre los cristianos que la habian dividido y ocultado á fin de sustraerla á las pesquisas de los infieles.

La porcion llevada por santa Elena á Constantinopla es la que suministró el pedazo que se venera en San Pedro; de ella tomó Balduino II en 1200 el trozo que envió á Felipe Augusto; y el resto que subsistió en Constantinopla fue entregado á los religiosos templarios antes de que los turcos se apoderasen de la capital del imperio de Constantino.

Al recibir la preciosa reliquia de manos de su madre, Constantino la hizo colocar en su estatua en lo alto de una columna de pórfido en la plaza del palacio; pero antes habia enviado un pedazo á la basílica de Santa Cruz de Jerusalem, y de esta vino la porcion que se espone en San Pedro durante los días santos. El trozo enviado por Constantino á Roma tenia, según se dice, mas de tres pies de longitud.

La *Santa Faz* es, según algunos autores, un retrato de Jesucristo hecho por San Lucas; según

otros, el rostro del Salvador quedó estampado en un lienzo merced á un poder milagroso, y hé aquí esta última version. Abgar, rey de Edesa, se vió atacado de una terrible enfermedad cutánea; su confidente Ananías, que á la sazón se trasladaba á Egipto, oyendo hablar de los milagros que operaba Jesucristo, fué á pedir á éste que pasase á Edesa á curar á su señor; pero Jesus, que no pudo ponerse en camino porque veía acercarse su Pasion, escribió á Abgar; y notando que Ananías procuraba reproducir sus facciones, tomó un lienzo y se lo acercó al rostro, el cual quedó grabado en él. Esta reliquia, entregada por Jesus á Ananías curó á Abgar, que lleno de gratitud destruyó los ídolos. No obstante, sus sucesores volvieron al antiguo culto, y el patriarca de Edesa se vió precisado á encerrar la santa Faz en un lugar ignorado en los muros de la ciudad. La reliquia protegió durante mucho tiempo á Edesa, y cuando esta sucumbió, el emperador Lecapeno obtuvo del emir que la habia tomado, la restitucion de la reliquia mediante un crecido tributo. A mediados del siglo II la santa Faz fue colocada triunfalmente en Santa Sofia, y trasladada, andando el tiempo, á Roma, fue custodiada en la capilla de Santa Verónica. Dícese que el dibujo es oscuro y débilmente indicado, pero que el rostro es de aspecto benigno y magestuoso. Por lo demás, los viajeros nunca pueden ver esta reliquia sino hoy ó en alguna otra ostension solemne.

Era de noche, y apenas quedaban algunas luces que brillaban por entre las ventanas del ábside; al pie de la imágen de Santa Verónica estaba reunido con trage de rigurosa ceremonia y arrodillado el cabildo de San Pedro; á su espalda se agolpaba el público, cuya masa se perdía en la oscuridad. Oíase el sordo rumor de la muchedumbre que se empujaba en el anchuroso recinto de la basílica, y del balcon de la capilla superior, donde iban á dejarse ver los canónigos, pendía de una larga cadena un enorme farol cuya escasa luz derramaba apenas algunos tenues resplandores en el vasto espacio que lo rodeaba. Debajo habia encendidos algunos cirios; y en el silencio y en este medio tan misteriosamente preparado, abrióse la capilla de Santa Verónica; entonces los canónigos presentaron por breves momentos los relicarios que contenian los objetos de que he hablado. Retiráronse luego, y el cabildo de San Pedro se levantó y volvió á entrar en la sacristía; entre tanto, el bullicio movido por el público, apaciguado momentáneamente durante la exhibicion de las reliquias, volvió á llenar el templo, como de costumbre. El efecto de estas reliquias, espuestas á la trémula luz de algunos cirios, mientras el resto de San Pedro permanece sumido en las sombras y el misterio, es por demás poderoso.

Esta ceremonia fue la última del día. Algunos via-

jeros que se empeñan en verlo todo, caen realmente enfermos de fatiga; yo me volví á paso lento, por no haber podido encontrar un vehículo, atravesando por entre la multitud que se derramaba por el puente de San Angelo; y emborrono estos apuntes antes de tomar el descanso necesario para mi escursión de mañana.

No todas las ceremonias del Jueves Santo son igual-

mente imponentes. La bendición papal, los Oficios en la capilla Sixtina y la ostension de las reliquias son ceremonias llenas de grandeza; pero el Lavatorio de los pies, la procesion de los peregrinos y la Cena pierden mucho de su carácter sagrado por la curiosidad exagerada de los espectadores que acuden á presenciarlas como si ninguna idea religiosa ocupase su mente; el único objeto de los viajeros parece ser



Portador de la tiara

halagar la vista, prescindiendo completamente de todo otro propósito; así, pues, hombres y mujeres se empujan y arremolinan para conseguir un sitio mas cómodo. Rudo es el servicio que los suizos desempeñan hoy; muchos de ellos son naturales de Alemania, y se eligen de este país porque su carácter flemático y sufrido les hace mas á propósito que otros para tolerar los excesos de los curiosos y las instancias indiscretas é inoportunas que les acosan.

Tambien en las demás basílicas y en algunas iglesias habia ceremonias á las que los viajeros procuran asistir, segun se dice; pero atendiendo á todo lo que

el Vaticano encierra ¿quién puede pensar en salir del espacio comprendido entre la capilla Sixtina y el cimborio de San Pedro? Hé aquí, no obstante, las ceremonias indicadas: en San Juan de Letran, comunión general del cabildo, y esposicion de la mesa de la Cena; en Jesus y San Andrés del Valle hay monumentos respecto de los que compiten en lujo y ostentacion los cabildos de estas dos iglesias, cuya riqueza es celebrada; y por último, en San Pedro hay durante la misa de la mañana, cuando la concurrencia se agolpa preferentemente en la capilla Sixtina, la comunión del cabildo, como en San Juan de Letran.



Grupo de campesinos en los escalones de San Pedro.

VIERNES SANTO.

Oficios divinos en la capilla Sixtina.—Las carracas.—El sermón delante del papa.—Adoración de la Cruz.—*Impropéria*.—Los coches en Roma.—Estaciones en el Coliseo.—La iglesia de Jesús.—Impresión de las rodillas de San Pedro.—Tinieblas en San Pedro.—Las Lamentaciones.—Pasatiempos de los viajeros.—Adoración por el papa de las grandes reliquias.

Esta mañana había Oficios en la capilla Sixtina, oficios tristes, pues se refieren á la representación del dolor, como todas las ceremonias de este día, el más melancólico de la Semana Santa. Hay en Roma un uso bastante extraño. En todas las tiendas de juguetes se venden carracas; los niños romanos piden á los transeuntes algunos *bayocos* y recorren las calles haciendo girar ese instrumento poco agradable al oído. Dícese que esto es un recuerdo de las ceremonias religiosas de la Edad Media, pues como desde el Jueves Santo las campanas enmudecían en iglesias y conventos, se empleaban para llamar á los Oficios divinos dos pedazos de madera seca y dura, que se agitaban fuertemente entre los dedos; la carraca, cuyo manejo es más fácil, se destinaba también al mismo uso. No creo que en la actualidad se emplee en los conventos, pero este antiguo aparato ha pasado al dominio de los muchachos.

Subsiste igualmente en Roma un recuerdo diario del modo con que se contaban las horas en la primitiva Iglesia: había antiguamente un candelabro de veinte y cuatro brazos, cuyas luces se apagaban de hora en hora á proporción que iban transcurriendo las veinte y cuatro de que consta el día natural. El candelabro ha desaparecido, pero en Roma se cuentan todavía las horas de una á veinte y cuatro, partiendo desde el toque de Oraciones.

La capilla Sixtina estaba desnuda de todo adorno; no brillaban ya en ella el oro ni los bordados; las vestiduras de los cardenales eran de color violeta; solo había un paño estendido sobre el altar, y los cirios estaban apagados. El papa entró precedido de la cruz, hizo sus oraciones y ocupó el trono. Leyóse luego la Pasión, con los célebres coros de Vittoria de Avila, composición enérgica y muy notable como disposición de veces y distribución de personajes; y al fin, un menor conventual pronunció, según costumbre, un sermón en presencia del pontífice. El honor de predicar delante de éste ha pertenecido sucesivamente á muchas órdenes monásticas, cada una de las cuales se esforzaba en hacer brillar la instrucción de sus miembros; y con este motivo se cita á un orador que en 1841 predicó un sermón en latín, en hebreo y en griego, cautivando por espacio de dos horas la atención de todo el auditorio, al desenvolver y explicar en tres idiomas los misterios de la Pasión.

Después del sermón se verificó una de las ceremonias más célebres de la Semana Santa: la adoración de la Cruz.

El cardenal celebrante descubre ésta, que se halla envuelta en un velo negro, y la pone sobre un rico almohadón. El papa es el primero que se acerca á hacer la adoración. Al efecto se le quitan las sandalias, y se arrodilla descalzo sobre un tapiz que le ha sido preparado á cierta distancia del altar y cerca de los cardenales; hace tres genuflexiones, avanzando en cada una hácia el altar; despójase poco á poco de sus vestiduras pontificales, y al llegar á la tercera adoración cerca del crucifijo, lo besa. Antes de retirarse deposita sobre el altar una bolsa de damasco de color violeta, que contiene 100 escudos de oro romanos, lo que equivale á 535 francos. De esta costumbre practicada por el papa, procede en las iglesias de los campos la de depositar una ofrenda al pie de la cruz, en la adoración del Viernes Santo.

Después del papa todos los cardenales acuden á llenar la misma ceremonia, poniendo cada uno en la bandeja de la ofrenda un escudo de oro. En pos de los cardenales vienen los patriarcas, arzobispos y generales de órdenes religiosas, y cuando la adoración se acerca á su fin van encendiéndose poco á poco los cirios.

Mientras el papa y los cardenales hacen la adoración se ejecutan los *Impropéria* de Palestrina, obra de carácter triste y una de las más notables de dicho compositor. Goethe miraba los *Impropéria* como el trozo más conmovedor de cuantos se oyen en el Vaticano durante estos días santos.

Terminados los *Impropéria* se forma la procesión, y así como ayer llevó la hostia al monumento de la capilla Paulina, hoy va á recogerla y trasladarla de nuevo á la Sixtina. Acto continuo empieza la misa. Proponiéndome asistir mañana á la del papa Marcelo, salí de la citada capilla y fui á ver en Roma, mientras llegaba la hora de las Tinieblas de San Pedro, las importantes ceremonias que se celebran fuera del Borgo.

En aquella ocasión, más que en mis largas excursiones por los diferentes barrios que me era preciso recorrer, examiné la reglamentación del servicio de los coches públicos en Roma: son limpios, elegantes y rápidos. Su único inconveniente es su precio en estos días en que abundan los viajeros cansados, pero se regatean los precios, porque casi para nada sirven las tarifas, siendo preciso reconocer que si el cochero romano trata de ganar lo más que puede antes de poner en movimiento su vehículo, procede luego de buena fe y no pide más del precio estipulado, excepto la propina. Esta figura siempre en la cuenta, y el cochero romano que se quejaría sino recibiese más que cuatro *paños* por una carrera, se da por satis-

fecho si recibe tres, acompañados de otro como gratificación.

Dirigíme desde luego al Coliseo, donde había *Via-Crucis* y sermón. La arena del Coliseo está dividida en estaciones, y en cada capillita los fieles arrodillados hacen sus oraciones y besan también la cruz incrustada en la pared bajo el arco de entrada: práctica piadosa por la cual se conceden algunos años de indulgencia.

Del Coliseo me trasladé á la iglesia de Jesús, donde se celebraban las Horas de agonía, que es lo que en otras partes se llama las *Siete Palabras*; cada trozo de canto va intercalado con un sermón, y la ceremonia entera dura desde las doce hasta las tres de la tarde. El templo era de gran efecto; estaba escasamente alumbrado, y sus altas paredes revestidas de mármoles y estucos amarillos; sus altares cubiertos de lápiz-lázuli, malaquitas, ágatas y broncees dorados, se perdían en una misteriosa penumbra.

Al salir del Coliseo y antes de llegar á la iglesia de Jesús, entré en la de Santa Francisca Romana, situada en el Forum cerca de la basílica de Constantino. La impresión de las rodillas de San Pedro, entonces iluminada, está resguardada por una verja y embutida en la pared: presenta dos surcos de la longitud de la rodilla sobre una baldosa, que es la en que estaba arrodillado San Pedro al pedir al cielo que no permitiese tuviesen buen éxito los experimentos de Simón el Mago, el cual quedó muerto al caer de los aires. Cuando San Pedro se levantó se vió que sus rodillas se habían impreso en la piedra.

Hubiera querido ir á Santa Cruz de Jerusalén para asistir á la ostensión de los clavos de la Cruz; pero había pasado la hora oportuna, y me habría espuesto á dar infructuosamente un largo rodeo.

A las tres llegué á la plaza, donde muchos coches habían establecido una parada después de conducir á los viajeros y romanos; digo *romanos* porque el Viernes Santo es el día que por lo regular eligen éstos para asistir á las Tinieblas de la Basílica y á la ostensión de las grandes reliquias que luego se verifica.

Decir que había mucha gente en San Pedro se tendría por cosa extraña, porque la nave parece casi siempre vacía, ó cuando más medio llena en los casos en que la muchedumbre acude en mayor número; pero en San Pedro no puede calcularse como en otras partes el número de los concurrentes, á causa de su aglomeración, siendo preciso mirar únicamente algunos puntos, es decir, allí donde se verifican las ceremonias. Las Tinieblas, que empezaban en la capilla denominada de *los Canónigos*, atrajeron mucha gente y era imposible penetrar en su recinto; la verja que la separa de la nave lateral de la Basílica había sido doblada por los esfuerzos de los via-

jeros que pugnaban por entrar, deseosos de oír mejor. Verdad es que el oír era harto difícil; y no obstante si cada cual lo hubiese querido, los coros de la capilla de San Pedro hubieran podido oírse fácilmente en el lado opuesto de la Basílica, pues bastaban para conseguirlo el silencio, la compostura y el recogimiento. En un día como éste, San Pedro adquiere un aspecto extraordinario, del cual sólo quien lo ha visto puede formar idea. A lo largo de la verja de los canónigos se extendía una compacta é inquieta muchedumbre que se esforzaba por entrar lo más pronto posible, mientras muchos grupos de paseantes bajaban y subían por la nave, hablando y riéndose; al lado de estos espectadores y en medio del rumor sordo y continuo que salía de aquel gentío, muchos fieles arrodillados en diferentes capillas se entregaban á sus devociones como si en su rededor reinase un profundo silencio. Las personas cansadas procuraban sentarse en las molduras bajas de las columnas, en tanto que otras se entretenían en mirar los primores de la Basílica. Los romanos, acostumbrados á ver todos los años á los extranjeros conducirse del mismo modo desde tiempo inmemorial, no extrañan unas costumbres de las que por lo demás también ellos participan; pero los católicos de otras naciones no se acomodan voluntariamente al carácter italiano; y deploran en lo general tanta irreverencia.

Conseguí penetrar en la muchedumbre que obstruía la verja de la capilla de los canónigos, y oí durante algún tiempo la ejecución de las Lamentaciones; pero por desgracia no pude permanecer todo el que yo hubiera deseado, porque el calor era realmente insufrible; logré no obstante ver cómo ejecuta hoy la capilla de San Pedro la espresada música. Cada Lamentación estaba dividida en dos partes: la primera, recitada por un tiple (á lo menos en lo que oí) era una frase de largas notas sostenidas, una especie de recitado declamado con un aire estremadamente lento; y causa admiración ver cómo prolongan los cantores la nota que emiten aumentándola, disminuyéndola y robusteciéndola á su voluntad, no siendo posible comprender por qué medio pueden humanos pulmones sostener sin cobrar aliento, notas tan prolongadas. Esto se explica de un modo que sería prolijo esponer.

Después de esta primera parte, desempeñada por una sola voz, viene la segunda; recitada por el coro; es una frase calcada sobre el estilo de Palestrina, rápida, bien acentuada, acompañada, y en completa oposición con la primera parte. Esta puede pertenecer á la tonalidad moderna, pero creo que se halla escrita en canto llano, y es en mi concepto mucho más notable bajo el punto de vista de la espresión que la parte rápida que le sigue.

Salí de la muchedumbre que me estrujaba y fui á